

OTEIZA, Jorge

Nociones para una filología vasca de nuestro preindoeuropeo (Primera Parte)  
Pamiela. Pamplona, 1995. 64 págs.

Allá por el año 1963 el frontispicio de Aranzazu era una pura desocupación del Espacio. Un Cielo desnudo y vertical, sobre un ballet de apóstoles petrificados en el arcén de la carretera. Sin embargo, por esas fechas Jorge Oteiza acababa de publicar un libro fascinante donde nos enseñaba a entender el Vacío desde sus *raíces* visuales, que son también las raíces del preindoeuropeo. Pues bien, si ya en el *‘Quosquoe Tandem’*, aventuraba un vocabulario esencial de voces preindoeuropeas enterradas en el euskera, hoy se sumerge en esas aguas ciertamente profundas para emerger en los mares del Paleolítico Superior. En uno de esos poblamientos de pescadores junto a la costa donde se armaron las primeras embarcaciones de piel de reno o de bisonte, mientras se rendía un culto sagrado y propiciatorio al tótem del hombre-caballo, como el que todavía hoy podemos ver pintado con sangre en la cueva de Ekain.

Muchas veces me he formulado una pregunta muy simple pero bien difícil de responder. Si conservamos una lengua que parece datar de la Noche de los Tiempos, y un arte rupestre donde vemos despertar al *Homo Sapiens*, ¿por qué a nadie se le ha ocurrido superponer los sonemas esenciales del euskera y las imágenes cifradas de nuestra Prehistoria para estudiar la primera Cultura plena, cosmogónica, como parece ser la que se localiza en este confin de Europa, hacia el -20.000 AC? Ni más ni menos, eso es lo que se ha propuesto Jorge Oteiza, la tarea de estudio en la que lleva empeñado treinta años y de la que ahora sólo se publica la primera parte.

Como resulta habitual en él, se trata de un libro escrito a *la contra*: Contra la lingüística oficial, desde *Larramendi* a *Mitxelena*. Contra mitografías tan sólidas como la de *Robert Graves*. Incluso contra el patriarcalismo del pensamiento estructuralista, *Ludwig Wittgenstein*, a quien llega a *desestructurar* para *desesconder* las raíces preindoeuropeas del euskera. Si Wittgenstein sostiene que el conocimiento de una lengua nos acerca a las formas de vida de un pueblo, Oteiza procede a la inversa: Imaginando las formas de vida de esos cazadores a la orilla del mar de las ostras, deduce el sentido de la lengua y, por extensión, de su cultura. Hablamos pues de una cultura que pinta sus animales totémicos no tanto en paredes de roca como en el gran *Hueco Madre del Cielo (AR)*. Y que se busca a sí misma en un diálogo metafísico, emprendiendo un viaje iniciático al país del nacimiento del sol (*AN*), de donde es originario el vellocino de oro —lo cinético se anuda a lo cosmogónico—, entendido como hijo del Cielo (*AR-K-UME*).

Tal y como la plantea Oteiza, nos adentrarnos en una Odisea antes de la Odisea. Un periplo de argonautas preindoeuropeos y por tanto prehelénicos, es decir, muy previo al que describe *Apolonio de Rodas*. Una singladura física y sacral más allá de *AN-atolia?* tal vez hasta las murallas de UR, donde *Gilgamesh* se encuentra con *AN-kidu*. Mientras que en *AN-kidu (AN-KIDE)* encontramos el nombre preindoeuropeo de ese grupo que se desplazó a lo largo de cien generaciones hacia la tierra del nacimiento del Sol.

Desde esta perspectiva, el Mediterráneo no sólo se nos presenta como un archipiélago de vascofonías (*ESKERIA / KETARIA / ESKU.T.ARI*, *‘el hilo del amanecer en la mano’*). Incluso en Los cantos de *Homero* Oteiza *desesconde* más claves del paso de sus argonautas: la *Esperia* homérica, la *Corfú* de Odiseo, hubiera sido uno de los puertos donde recalaron. Y en consecuencia, las danzas sagradas y el juego de pelota con que los feacios agasajaron a *Ulyses*, no serían sino reminiscencias *‘eskérikas’* —es decir *‘euskéricas’*—, de su singladura.

Una y otra vez Oteiza cohesiona su teoría resolviendo interrogantes abismales por ese recurso a la genialidad que *Robert Graves* definió como *‘pensamiento analéptico’*: la facultad del genio

de dar saltos en la oscuridad, más allá del Tiempo, hasta acceder a los campos primigenios de nuestra *memoria heredada*. Federico Krutwig sostiene que *Gorbea* en euskera no significa nada y que en sumerio significa montaña. Oteiza desestructura y desesconde el vocablo (Go-Ar-Be), y encuentra la montaña sagrada que ata lo de arriba a lo de abajo, el Cielo a la Tierra. Martín de Ugalde se pregunta cómo es posible que cuando los indoeuropeos trajeran el carnero a Europa, los preindoeuropeos ya tuvieran un nombre para él. Una vez más Oteiza se remite al pensamiento instintivo para afirmar que el *arkume* llegó antes por el Cielo cosmogónico (*kosmos-gygnomai*: el ser del mundo) que por el mar físico. Y todavía se permite un salto más para unir los dos cabos de su periplo, Sumeria y el Mediterráneo, con un puente de oro que se prolonga desde la leyenda del minotauro de Creta hasta los dioses antropomorfos egipcios. Pues si los mitos son imaginaciones para contar escondiendo, escondidas en ellas como en una trampa paleolítica perviven las huellas de paso de esos preindoeuropeos que ambicionaban el Sol y que ocultaban su identidad, para perpetuarla, en *voces-raíz* y en *imágenes cifradas*.

No en vano, todo este libro se construye en base a dos conceptos esenciales en el pensamiento de Oteiza: *el laberinto-trampa* y *la caja metafísica* que lo contiene. Suscitará el desasosiego de los lingüistas imbuidos de la culta latiniparla, de los historiadores que nunca podrán trascender la esencia telúrica de los mitos, de los antropólogos que aullarían de dolor si entendieran una sola palabra del pensamiento salvaje. De hecho, el único *Hilo de AR-íadna* que nos permite avanzar por este laberinto no está tejido con la ciencia tangible, sino con la sustancia misma del Sol. Un pensamiento en ignición, como bien pudiera definirse la mente de Jorge Oteiza. Y dentro de él, en suma, toda una requisitoria contra la absurda *des-culturización* de un mundo moderno que pierde cada día el sentido sagrado, decididamente humanizador, de todos sus mitos.

Si allá por los '60, el '*Quousquoe Tandem*' supuso un grito en el Vacío, un grito solitario y deslumbrante que acabó revolucionando toda nuestra conciencia estética, este '*Libro blanco del Preindoeuropeo*' está llamado a ser uno de los libros clave de los '90 en el País Vasco. No sólo por cuanto indaga en la genealogía de una lengua y una cultura. Sino, fundamentalmente, porque incide con una lucidez visionaria, sobrecogedora, en el enigma de una *Identidad*.

Si como insiste su autor, *el Futuro está en el Origen*, dentro de este libro blanco que navega hacia el pasado, se contienen también todos los colores, todos los horizontes de nuestro futuro. Nada más abrirlo, su autor dibuja una puerta (*ARRATE*). Y así como nos *incita* a rebasarla, también nos *invita* a embarcarnos tras su estela a la conquista de un nuevo '*arkume*'. Parece obvio que esta singladura iniciática nos concierne a todos. Pero allá en la proa, como en los tiempos de Aranzazu, vuelve a estar Jorge Oteiza. El Último de los Preindoeuropeos.

Alvaro Bermejo

EUSKO IKASKUNTZA / SOCIEDAD ESTUDIOS VASCOS (1995)

XII Congreso de Estudios Vascos: Estudios vascos en el sistema educativo (Vitoria-Gasteiz 1993). Donostia. 844 pp.  
ISBN: 84-87471-77-3

En 1993 Eusko Ikaskuntza celebró el 75 aniversario de su fundación y, fiel a su vocación de institución de saber y encuentro, en noviembre de ese año organizó en Vitoria-Gasteiz el XII Congreso de Estudios Vascos. El I Congreso tuvo lugar en 1918. Últimamente los Congresos se celebran cada dos años: El XI fue en 1991 y el XIII en 1995.

El tema general del XII Congreso fue el de *Los Estudios Vascos en el Sistema Educativo*. El tema del XI fue *Euskal Herria y Europa*, y el del XIII *Ciencia, Tecnología y Cambio Social en*